



## DISCURSO TREINTA Y SIETE

### DE LA PERSEVERANCIA

Sperabamus quia ipse esset redempturus  
Israel: et nunc tertia dies est hodie, quod  
haec facta sunt.

Esperábamos que había de redimir á Is-  
rael; y hoy es el tercer día después que aque-  
llas cosas sucedieron...

Luc., XXIV, 21.

Por insinua-  
ción.

### EXORDIO

1.ª parte. Conci-  
liase la desconfian-  
cia.

**D**ONDE hay amor hay temor. ¿No es así verdad, amados hermanos míos? El que de veras ama teme tanto, que teme en demasía, y recela de cualquier peligro, aunque remoto, y palpita y se sobresalta á cualquiera duda, aunque improbable, que saltee su corazón. *Res est solliciti plena timoris amor.* No quisiera, pues, que llevaseis á mal que yo os descubra en este día, tal vez con excesiva ingenuidad, un temor que se ha apoderado de mi espíritu. Temo que no vengáis, acaso muy en breve, á dejar las prácticas y tenor de vida que tan esforzadamente habéis emprendido en este sagrado tiempo de cuaresma. No os ofendáis por ello, amadísimos oyentes, ni os deis por lastimados. Porque estos recelos y temores no nacen en mí de la gravedad de los peligros que ya barrunto, ni de la baja estima que yo tenga de vuestra gran cristiandad, de vuestra sólida virtud, de vuestro juicio y buen entendimiento; nacen, si me es lícito hablar así, del cariño que os profeso.

por novedad de la  
tesis,

por la delicadeza  
de la hipótesis

y elegante prete-  
rición.

Aunque, en hecho de verdad, no son tan ligeros ni tan remotos los riesgos de desfallecer, que no convenga muy

2.ª parte. Gran-  
tease la docilidad,

por la enseñanza  
evangélica

de los dos disci-  
pulos,

sus comienzos,

sus vacilaciones.

3.ª parte. Excita  
la atención, por la  
aplicación entregada

y semillas de los  
afectos.

Proposición

y religiosa pro-  
testa.

mucho apercibirse. ¿No habéis oído en el sagrado Evangelio de este día el suceso de aquellos dos célebres viajeros que andaban camino de Emaús? Notorio es, y no puede negarse, su leal comportamiento desde el principio, y cómo dieron entero crédito á las palabras del Salvador, concibiendo firmísimas esperanzas de la resurrección de Jesucristo.

*Sperabamus quia ipse esset redempturus Israel.* Mas porque ya se termina el plazo de tres días, y se viene la noche, y ellos no lo ven resucitado, ¿qué hacen los pobrecillos? Comienzan á titubear, y aun á desconfiar, y aun á descreer de tal manera, que se ve obligado nuestro divino Redentor á reprender su incredulidad y llamarlos de necios y mentecatos: *O stulti et tardi corde ad credendum!* <sup>1</sup> ¡Tan poco basta para derribar un corazón del bien propuesto! ¿Quién me asegura, pues, cristianos oyentes, que antes de pasado mañana por la tarde, es decir, antes de fenecer el tercer día, ya alguno de vosotros no comenzará también á titubear, á mudar de parecer, á trocar los propósitos hechos, á quebrantar, en fin, la fe jurada á Jesucristo? ¿quién me dice que no pensará en tornar á sus antiguos siniestros y malos tratos? ¿quién me promete que no volverá los ojos á los primeros juegos y vanidades? ¿quién me certifica que no pensará en aficionarse

¡ay! demasiado presto á las ya viejas y detestadas costumbres? Por esta razón heme determinado hoy á tomar este arbitrio de **mostrar aparentemente y hacer como quien no se fia de vuestra constancia, para de este modo añazarla más.** Por tanto, suplicoos que me escuchéis con aquella atención que se merece quien, sólo buscando vuestro provecho, jamás ha pretendido de sus sermones más aplauso ni otra recompensa que alguna satisfacción de haber procurado con todas sus fuerzas vuestro bien, y predicádoos constante y gravemente las verdades más conducentes á la salvación de vuestras almas.

<sup>1</sup> Luc., xxv, 25.

## PRIMERA PARTE

### II

Arg. 1.º  
De la incertan-  
tencia del tiempo.

Y en primer lugar, no niego yo, mis amados oyentes, que este nuevo y más ajustado método de vida, que habéis entendido, os costará algún trabajo; que os halagarán los antiguos deleites, que os combatirán las mal domadas pasiones, y que tendréis que hacerlos un poco de violencia para resistir y perseverar. Pero ¿por cuánto tiempo, decidme, será menester que os hagáis esa fuerza? Por años y más años, ¿no es así? ¿por una larga carrera y espacioso revolver de días que aún os quedan por andar antes de llegar á la muerte? ¡Oh Dios!, y ¿qué sucedería, hermanos míos, si esa muerte que os parece mirar de tan lejos, entre sombras, en los oscuros horizontes de lo porvenir, estuviere ya muy próxima y vecina á vuestra casa, y vosotros, entre tanto, por impaciencia de aguardar unos pocos meses en este tenor de vida más concertada, perdiéseis la corona prometida á los perseverantes?

Per ventura mor-  
tiris may presto?

Largo hay que  
perseverar.

Transición por  
via de conclusión  
y prolepsis.

¿Tantos años?  
Respuesta por in-  
certidumbre y lá-  
tencia.

No sé si nunca os vino al pensamiento una observación lastimosísima, que siempre que se me ofrece me arranca lágrimas de pura compasión. Habían los infelices israelitas aguardado con gran longanidad á su Moisés que bajase del monte, sin dar el menor indicio ni de corazones desmandados y rebeldes, ni de espíritu poco religioso; cuando, finalmente, fastidiados de esperar, comenzaron á impacientarse, é imaginando que Moisés se había olvidado de su gente, y que así, ó no volvería más, ó se tardaría muchísimo, acordaron elegirse un nuevo capitán; y para disponer de él más á su gusto, no se afrentaron de sujetarse y adorar á un buey, aunque de oro: *Mulaverunt gloriam suam in similitudinem vituli, comedentis foenum* <sup>1</sup>. Trocaron su gloria y se hincaron de rodillas ante la estatua de un becerro, que come heno. Y ya habían regocijadamente trocado la tem-

Confirmación por  
ejemplo doloroso  
de los israelitas.

3.ª parte. La  
impaciencia y su  
castigo.

exposición.

<sup>1</sup> Ps. cv, 20.

antítesis. planza en disolución, la piedad en fiestas, la religión en idolatría, cuando de súbito llega Moisés, el cual, abrasado en santo celo é implacable indignación á vista de aquel espectáculo abominable, rompe y hace pedazos las tablas de la ley, riñe á Aarón, desmenuza el ídolo, y, armando á desenlace. toda la tribu de Leví, recorre como un rayo las tiendas y cuarteles de la atónita y desarmada muchedumbre, y sembrando por doquiera espanto, y derramando sangre, y esparciendo estragos, mata en breve en la sangrienta liza (23.000 víctimas) cerca de 23.000 israelitas, con matanza tanto más horrible cuanto más arrebatada.

2.ª parte. La causa. ¿Por cinco días?

3.ª parte. Ración por diálogo.

por prolepsis,

repetición enfática.

La contestación

Pregúntos, pues, ahora: ¿cuánto pensáis, mis amados oyentes, que estuvieron aguardando pacientemente á su Moisés? Por treinta y cinco días á lo menos, como demuestra en sus Comentarios el doctísimo Tostado. Por manera que con haber aguardado con la misma paciencia cinco días más, que éstos tardó en aparecer su caudillo, ni se habrían desmandado á excesos tan brutales, ni pasado después por tan sangrienta carnicería. Y ¿no os mueve á lástima la suerte de aquella desventurada muchedumbre? ¡Infelices! ¡por la poca espera de unos días acarrear tanta calamidad! ¡Oh triste caso! ¡oh inaudita miseria! Ahora entiendo aquella famosa sentencia que se lee en los Proverbios: *Impatiens operabitur stultitiam. Impatiens exaltat stultitiam*<sup>1</sup>. El impaciente hará necedades. El impaciente hace campear la necesidad. Y ¿no campea por ventura en este lamentable suceso? Pues ¿qué sería, decidme, si os acaeciese á vosotros una desgracia parecida? Figúraseos ahora que anda la muerte muy lejos de vuestra casa, y así, todo mohinos y hastiados de la nueva vida, os decidis interiormente: ¿Y en este tenor he de perseverar yo tantos años? ¿Yo tantos años sin probar el placer de una venganza? ¿Yo tantos años sin permitir un mal deleite á los sentidos? ¿Yo sin decir una palabrilla descompuesta ó liviana en tantos años? ¿Quién puede resistir? — Hermanos míos en nuestro Señor Jesucristo, no digáis tal, no hagáis de este modo vuestras cuentas, porque podría suceder que esos largos

<sup>1</sup> Prov., XIV, 17, 29.

años se reduzcan á muy pocos meses, á muy pocas semanas, á unos pocos días. La muerte por ventura ha comenzado ya á bajar del monte; ya llega quizás, ya vibra quizás su mortífera guadaña, ya asesta el golpe, ya os va arrancando la vida; y ¿por tan poco desfallecéis? ¡Ay de los que perdieron la paciencia y abandonaron el sendero recto!, así conjura el Eclesiástico á los hombres inconstantes; ¡ay de los que perdieron la paciencia y torcieron hacia los caminos tortuosos! *Vae vobis, qui perdididerunt sustinentiam, et dereliquerunt vias rectas et divorterunt in vias pravas*<sup>1</sup>. ¿Qué sería, pues, de vosotros, cristianos, si llegaseis á contaros en el número de esos infelices, y os acarreaseis con vuestra impaciencia ese ay y funesta maldición? ¡Oh qué sollozos! ¡oh qué bramidos de dolor se os arrancarían del pecho por toda la eternidad! ¡Oh y cómo exclamaríais á cada instante, acompañando en los infiernos los aullidos y blasfemias de los mal sufridos israelitas: ¡Por cinco días, por solos cinco días de poca paciencia estamos en estos calabozos!, y la inconstancia de breves días ¿hase de pagar con los tormentos de siglos infinitos?

por imagen de la muerte.

y afectos de contrición.

Amplificación

de arrepentimiento

irremediable.

### III

Arg. 2.ª  
De la consiguencia  
de la facilidad en  
obrar bien.

Pero sea así como decís; demos de barato que habéis de vivir todavía largos años, y tantos como os prometen, ó vuestra florida juventud, ó vuestra complexión fuerte y robusta. ¿Sabéis, esto supuesto, por qué os parece tan recio y dificultoso manteneros firmes en el camino comenzado? Porque creéis que siempre habéis de sentir los mismos contrastes y repugnancias que ahora. Mas no es así: disminuirán, sin duda, disminuirán de día en día las presentes dificultades; y como al salir el sol disípanse las nieblas, y, al romper la llama, el humo desaparece; en esta forma, al paso que vayan creciendo en vuestra alma los rayos de la divina gracia, se disiparán de vuestro espíritu esas angustias, esas congojas y desmayos, esos afectos desordenados, que lo tienen ahora malamente revuelto y entenebrecido.

Esas repugnancias cesarán.

Luego hay que perseverar.

Transición por concesión.

<sup>1</sup> Eccii., II, 16.

Antecedente por-  
que la gracia iba  
creciendo.

Por ejemplo de  
Sansón, narra-  
ción ilustrada.

Exposición o  
predica, por las  
timera pintura.

Apótesis de es-  
panto por apó-  
trofe.

y contraposición  
de la antigua for-  
taleza

y la ignominia  
precedente.

Desenlace vic-  
torioso.

Aplicación de la  
protasis.

aplicación de la  
apótesis

¿Quién de vosotros no se acuerda de Sansón, á tiempo que estaba visiblemente en poder de los filisteos? Era espectáculo sobremano lastimoso ver á un hombre tan fuerte hecho el ludibrio del vulgo descortés. Encerrado en la cárcel, cargado de prisiones, se vió forzado á dejarse sacar los ojos. De aquí le llevaron como á vil jumento á moler en una atahona, donde una muchedumbre divertida de chicue- los insolentes, de viejos envidiosos, de mujercillas descaradas, le insultaban muy á su sabor: quién le hería y aguijaba como á perezoso, quién le motejaba de ciego, y, en fin, no se partían de allí hasta haber terminado su cruel entretenimiento de puntapiés, de bofetadas y pescozones. ¡Sansón, Sansón!, ¿dónde está aquella fortaleza que te hacía tan temido? ¿aquella fortaleza, digo, con que despedazabas las ataduras de nervios, como si fuesen estopa que se arrima al fuego, y te cargabas sobre las espaldas las puertas de la ciudad, como si fuesen pintadas en un lienzo? ¿No eres tú aquel valiente que desafiabas á los leones á luchar contigo, y con los brazos desnudos los asías, los ahogabas, los destruías en un punto, dejando sus carnes para manjar y asiento de las abejas? ¿No eres tú el que abuyentabas los pueblos enteros? ¿No eres tú el que asolabas los campos? ¿Cómo, pues, hasta los gózquecillos te escarnecen y con sus ladridos te persiguen, y tú no tienes valor para taparles la boca? ¡Ah!, esperad un poco, oyentes míos, esperad un poco y veréis presto quién es Sansón. Ahora miráis al infeliz, cortados los cabellos en que está su fortaleza; mas no siempre será así. Crecerán en breve tiempo, crecerán, y Sansón recobrará su pujanza. Y entonces ¡oh, cómo, más robusto que antes, le veréis sacudir dos inmensas columnas con los brazos, y derribar edificios, y amontonar escombros, y, aun muriendo, causar en los despavoridos filisteos más estragos que no hizo jamás en vida! ¿No es así verdad, amados hermanos míos? Pues bien, presuponed de cierto que así cabalmente pasará en vosotros. Tenéis ahora los cabellos cortos, es decir, muy cercenada y escasa la virtud del Espíritu confortador. ¿Qué maravilla, pues, si os parece que las pasiones os tratan como esclavos? ¿Qué extraño que los demonios con feas representaciones os turben y desaso-

sieguen, y las tentaciones no os dejen reposar? Pero tend esperada, dad lugar á la divina gracia que crezca y se fortifique, y veréis entonces de quién es el vencimiento y la victoria. Recobrará vuestra alma todas aquellas fuerzas que en el bautismo recibisteis, revivirá la fe, reverdecerá la esperanza, inflamaráse con nuevos bríos la caridad; en una palabra, investirá en vuestro espíritu el espíritu del Señor: *Insuet in vos spiritus Domini* <sup>1</sup>, y entonces os sentiréis tan intrépidos, tan fuertes y animosos, que no os pondrá temor la misma muerte.

Fuera de esto, ¿quién no sabe que todos los comienzos son más trabajosos que los progresos y remates? Á los toros cuesta trabajo á los principios atarlos á la coyunda, los caballos rehusan al principio tascar el freno, los camellos á duras penas se inclinan á la carga. Así también los ejercicios de la música, de la danza, del escribir, del bordar, del esculpir ó cincelar son penosos y difíciles á los principiantes. El soldado bisono espántase y tiembla á las primeras embestidas; el que navega por primera vez, maréase con más facilidad; quien viaja por tierra desconocida, fatígase más pronto que después de trillados los caminos. No os extrañe, pues, si en la vida cristiana pasa otro tanto. Agudamente observa á este propósito Filón Hebreo que las primeras aguas encontradas en el desierto fueron las amargas; las otras fueron tan dulces, tan deliciosas al paladar, que parecían ríos de miel. No reparéis, de consiguiente, en las dificultades y amarguras que ahora se os ponen delante para servir á Dios. Á todos cuesta al principio enfrenar la carne, guardar la lengua, reprimir la ira, abatir la soberbia y altivez. Mas, si tenéis un poco de paciencia, os será con la divina gracia tan ligero, tan deleitable y sabroso, que vengáis á decir, espantados de vosotros mismos, con el glorioso San Agustín: ¡Oh, cuán suave se me hizo al momento carecer de todas las dulzuras y entretenimientos del mundo!; ¡Oh quam suave mihi subito factum est, carere suavitatibus nugarum! <sup>2</sup> ¡Oh qué alegría! ¡oh qué paz! ¡oh qué gozo tan entrañable! Jamás creí que fuera tan fácil dejar por Dios los

por incremento,

<sup>2</sup> Porque todos los comienzos son difíciles.

por inducción natural.

por similitud de las aguas del desierto.

aplicación y confirmación por autoridad.

<sup>1</sup> 1 Reg., x, 6. — <sup>2</sup> Confess., l. 1, c. 9.

Epilogo por concisión

y divino testimonio.

rg. 3.º  
Constitución del siguiente argumento.

Si recensis, crece la dificultad:

por congerie de consecuentes ó efectos:

Luego, reindicir, equivale á condenar:

a) respecto de vosotros.

Proposición y división distributiva.

desordenados deleites del sentido, que viniera á desechar con placer los placeres que poco ha tenía tanto perder: *Quae modo amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium foret.* Demos que sea verdad que os cuesta gran trabajo y violencia no recaer en los vicios á que os lleva la costumbre; mas no debéis desmayar; porque, ya muráis presto, ya viváis algunos años, la jornada es breve y pronto tendrá fin vuestra fatiga. Hasta cierto tiempo (oid la infalible palabra de aquel Dios que no puede mentir), hasta cierto tiempo sufrirá y aguantará el paciente; ¿pero después? Después se le doblarán las alegrías: *Usque in tempus sustinebit patiens, et postea reddidit jucunditatis* <sup>1</sup>.

## IV

Fuera de que ¿no veis, oyentes míos, que esa excusa verdadera ó falsa, que hasta aquí habéis alegado, si alguna fuerza tiene, tiénela para acarrear sobre vosotros sentencia de eterna condenación? Porque, escuchadme, os ruego, y grabadlo bien en la memoria: si por confesión propia sentís ahora tan gran dificultad en no recaer, ¿cuánta mayor la sentiréis, una vez caídos, para de nuevo levantaros? ¿No os hallaréis entonces más flacos, más débiles, más desmayados y abatidos? ¿no se arraigarán los malos hábitos? ¿no se fortalecerán las perversas inclinaciones? El tornar, por consiguiente, á recaer, equivale á condenarse. Este argumento téngolo yo por tan fuerte, que no admite réplica. Mas todavía, á fin de quedar más convencidos, debéis considerar que, recayendo, no sólo os será más dificultoso volver al estado presente, por lo que mira á vosotros, esto es, porque os encontraréis más postrados y sin fuerzas, pero también por lo que toca al demonio y por lo que hace á Dios nuestro Señor. Y, respecto del demonio, haréoslo ver palpablemente con una semejanza ó parábola muy original, pero no menos verdadera.

<sup>1</sup> Eccli., 1, 26.

## V

Arg. 4.º  
Mas difícil 5) por parte del demonio:

porque, si recensis, redoblará su vigilancia. Luego.

Antecedentes por parábola del cautivo de Argel, 1.ª parte, la fuga;

2.ª la vuelta y más horrible cautiverio.

por comunicación e incremento.

Aplicación de la 1.ª parte,

de la 2.ª, por grave autoridad

y graduación de ira.

Acaece por ventura que un cristiano de noble sangre viene á poder de los moros de Argel, y allí le guarda el turco con gran diligencia, sí, pero más con miramiento y cortesía que con aspereza ó rigor. Logra, pues, una buena coyuntura, y, viendo á los guardas cierto día menos vigilantes y cuidadosos de la presa, ¿qué hace el miserable cautivo? Rompe los grillos y cadenas, fuerza las cerraduras y húyese al mar, donde, encontrando un bajel á punto de partir, recobra su amada libertad. Mas, si es tan necio que se deja de nuevo cautivar y cae segunda vez en las uñas del furibundo bárbaro, ¿en qué mazmorras pensáis que le encerrará? ¿con qué guardas le cercará? El calabozo más horrendo será el suyo; cargará de hierros en los pies, de hierros en el cuello, de hierros en las manos. Si primero se le concedía respirar el aire libre, ahora no verá jamás la luz del sol. Si antes se le permitía pasear por las galerías á menudo, ahora ni aun podrá recostarse. Y para debilitarle y enflaquecerle siempre más, y así quitarle las ganas de nuevas tentativas, no se pasará día en que no le atormenten con hambre, con palos y todo linaje de malos tratamientos.

Ved aquí, mis amados hermanos, lo que hará con vosotros el demonio. Antes erais sus esclavos; mas, sea por su poca vigilancia, sea por vuestra industria y ardimiento, escapasteis dichosamente de sus garras y os librateis de su miserable servidumbre. ¿Qué hará, pues, si tornáis á su poder? Os lo diré con las gravísimas palabras del profeta Jeremías: *Ut non egrediamini, aggravabit compedes vestros* <sup>1</sup>. Para que no escapéis, remachará vuestras prisiones. Sí, remachará vuestras prisiones, redoblará vuestros grillos y esposas, apretará los cordeles y ataduras; y mirando atentamente los caminos por donde os escapasteis de sus manos, *circumadificavit adversum vos*, cerrará todas las salidas, obstruirá todos los pasos, y no os dejará siquiera una rendija ó lumbrera para mirar al cielo. Si os convertisteis

<sup>1</sup> Thren., III, 7.

por la lección de libros devotos, vigilará día y noche que no lleguen á vuestras manos otros libros que de romances ó caballerías, de versos y profanidades, de novelas y amores; si por oír la palabra de Dios, os distraerá con aficionaros desordenadamente á los negocios; si por medio de cofradías y congregaciones, os arrancará de ellas y os atraerá á vanas reuniones y tertulias; si por los toques y llamamientos interiores, procurará envolveros en tal bullicio y barahunda, en tal estrépito y tropel, en tales bullas y algazaras, donde sea imposible percibir la voz divina, y, en una palabra, se valdrá de toda su astucia, de toda su malignidad para no perderos en adelante. *Circumaedificabit adversum vos, ut non egrediamini, aggravabit compedes vestros.* Os rodeará con vallas, remachará vuestros grillos y prisioneros. Andad, pues, muy sobreaviso, ¡oh cristianos!, porque, si volvéis á su poder, allí permaneceréis para siempre: guardaos, viglad, estad alerta, que no son para despreciados tales riesgos.

7) Por parte de Dios: porque no os ayudará tan copiosamente.

1.º por decales, que faltáis á su palabra.

confirmación con ejemplos á contrario.

sagrados

y profanos;

## VI

Y esto digo por lo que al demonio pertenece. Mas, si miramos á Dios, ¿quién no sabe que, cayendo y volviéndole de nuevo las espaldas, podréis confiar menos en los socorros abundantes de la gracia, con que os ayudó primero á levantar? Porque, decidme: ¿cómo queréis que su Majestad se fie más de vosotros, si vosotros habéis faltado tantas veces y tan descaradamente á la palabra; si después de haberle asegurado y protestado tan solemnemente no más pecar, volvéis á pecar más que al principio? ¿Dónde está aquí el pundonor? ¿Dónde la lealtad? Judas, hermano de José, á fin de mantener la palabra dada á Jacob de restituirlle de Egipto á su amado Benjamín, se ofreció á quedar él en dura cárcel. Josué, para no quebrar los pactos con los Gabaonitas, arrojó el trance de una batalla muy reñida. Régulo, aunque gentil, á fin de mantener á los cartagineses su célebre promesa de volver á Cartago si no concluía el rescate de los prisioneros, no dudó de arrojarse á una muerte muy atroz, cuando sus enemigos le metieron

desnudo en una cuba aforrada por dentro de púas espantosas. Y á fin de guardar á Dios vuestra palabra, ¿no queréis vosotros pasar algún trabajo? ¿no reprimiréis un apetito sensual? ¿no atajaréis un ímpetu de ira? ¿Qué fe es ésta? ¿qué palabra? ¿qué hidalguía de pechos bien nacidos? Burlador es, no penitente, dice el gran Agustino, quien vuelve á hacer aquello que le dolió y, en vez de disminuir, multiplica los pecados: *Irrisor est, non poenitens, qui adhuc agit quod poenituit, et peccata non minuit, sed multiplicat.* Esto es burlarse de Dios, esto es mofar de su Majestad, esto es haberos con él y tratarle todavía peor que á un mozo de cordel, á quien tendríais vergüenza de faltar abiertamente á la palabra.

Añadid que, volviendo á pecar, cometéis la más negra ingratitude y el desconocimiento más enorme que puede haber en hombre mortal, cual es menospreciar la gracia que os restituyó tras el primer pecado, y mostrar á los cielos que vosotros sois aquella tierra maldita de que habla el Apóstol: *terra reproba*, la cual, habiendo recibido copiosas lluvias, y empapada de soberanas influencias, en lugar de producir plantas y frutos, sólo brota cardos, sólo da espinas y maleza, y así no merece otra cosa sino fuego: *saepe venientem super se bibens imbrem, profert tribulos, cujus consummatio in combustionem* <sup>1.</sup> Añadid que dáis mayor escándalo; añadid que mostráis en esto mayor descaro y desvergüenza; añadid que entráis en el número de los perros que tornan á su vómito, de los cuales se dice que son abominables ante Dios: *canis reversus ad suum vomitum*; así lo testifica el Príncipe de los Apóstoles; ó *canis, qui revertitur ad suum vomitum*, como leemos en los Proverbios <sup>2.</sup> Y ¿quienes son los tales? Ya lo sabéis, los imprudentes que recaen en su necesidad: *Imprudens qui iterat stultitiam suam* <sup>3.</sup> ¿Parécenos, pues, amadísimos hermanos, que, á lo menos por lo que mira á Dios, podréis pecar de nuevo sin manifiesto peligro de perderos? ¡Ah!, si así fuese, no declararíais con tanto énfasis el glorioso San Pedro, que mejor les hubiera sido no conocer la senda de la justicia, que, después de conocida,

amplificación de vergüenza

por autoridad.

2.º, por menospreciadores de su gracia.

3.º, por escandalosos.

4.º, porque tornan al vómito.

Conclusión

<sup>1</sup> Hebr., vi, 7-8.— <sup>2</sup> Ep. ii, 22. Prov., xxvi, 11.— <sup>3</sup> Ibid.

Ilustrada por autoridad.

Arg. 6.º  
De los divinos decretos acerca del número de los pecados.

Exordio.

Proposición

Confirmación por autoridad divina

parafraseada;

por testimonio humano y terribilísimo:

volver atrás de aquellos santos mandamientos que se les habían confiado: *Melius erat illis non cognoscere viam justitiæ, quam post cognitionem retrorsum converti ab eo, quod illis traditum est, sancto mandato* <sup>1</sup>.

## VII

Mas ¿á qué ir en busca de tantos argumentos, si hay uno que, bien penetrado, suple aventajadamente por todos? Quisiera, pues, que lo escuchaseis con atención; porque, si bien os atemorizará por ventura y espantará vuestra conciencia, mas será por vuestro mayor provecho; que nunca pretendí con mis sermones el deleite y la lisonja, sino la utilidad y salvación de mis oyentes. Es constante que cerca de Dios nuestro Señor todas las cosas están trazadas y dispuestas con número, peso y medida, según dice, hablando con su Majestad, el sagrado autor de la Sabiduría: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti* <sup>2</sup>. Por manera que, no sólo tiene Dios establecido cuántas almas han de venir de siglo en siglo, y de generación en generación, á la luz de este mundo, pero tiene contados todos sus actos, todas sus palabras, todos sus pasos y pensamientos, ni hay peligro en aquella infinita sabiduría que se altere en lo más mínimo esa cifra de antemano preñada. De aquí se sigue que tiene Dios asimismo determinado cuántos pecados ha de sufrir pacientemente de cada uno de nosotros; por donde, en cumpliéndose el número, fuerza es que al primero que añadamos corte de súbito el hilo de la vida, ó nos trastorne improvisamente la razón y nos abandone así en los despeñaderos del infierno. Oid al bienaventurado San Agustín, por cuya boca os he hablado hasta ahora: Es menester que asentemos bien este principio, dice: que en tanto sufre á alguno la paciencia y longaminidad de Dios, en cuanto no llena aún la medida y término de sus pecados: llena la medida, al punto le hiere, sin reservarle la más leve esperanza de

<sup>1</sup> 2 Pet., II, 22.

<sup>2</sup> Sap., XI, 21.

perdón <sup>1</sup>. Ni faltan, en confirmación de esta verdad, señalados testimonios en las divinas letras, sacadas de lo que dijo el mismo Dios, primero acerca de los Amorreos, después de los moradores de Pentápolis, y más tarde hablando de los Fariseos.

Pero, dejados éstos aparte, quiero traer uno sin duda notabilísimo. Muchas veces ofendieron al Señor los israelitas en su peregrinación por el desierto, ora murmurando, ora desesperando, ya rebelándose, ya idolatrando. Mas todavía, junto con el castigo de algunos, siempre acompañó el perdón de los demás, hasta que llegaron los infelices á vista de la codiciada tierra de promisión. Aquí volvieron á desmandarse poniendo otra vez querella contra Dios, porque los había sacado de Egipto. Enojado entonces el Señor, dijo á Moisés: ¿Y hasta cuándo he de aguantar las villanías de este pueblo? Quiérollos destruir, quiero acabar con ellos y exterminarlos para siempre con una horrorosa y universal pestilencia: *Usquequo detrahet mihi populus iste? Feriam igitur eos pestilentia, atque consumam* <sup>2</sup>. Esto no obstante, intercediendo fervorosamente Moisés por la salvación de aquellos desdichados, condescendió al fin su divina Majestad, con esta ley: que todos los nacidos después de la salida de Egipto, ó poco antes, fueran perdonados; pero, todos los demás salidos de allí ya de alguna edad, por ninguna manera, ni admitió en su favor ningún linaje de intercesión. ¿Sabríaisme ahora decir, oyentes míos, por qué hizo Dios esta diferencia? Escuchad: porque estos postreros le habían ya irritado por diez veces. *Tentaverunt me jam per decem vices*. Por diez veces, por diez veces me han provocado á ira: por esto, mueran todos sin remisión. ¡Cómo!, ¿tan por menor y con tanta puntualidad tenía Dios contadas las veces que determinaba sufrirlos? ¡Oh!, si aquellos infelices, llegado que hubieron al noveno pecado, término y remate del per-

por ejemplos bíblicos.

Los israelitas ante la tierra prometida:

probasis ó la venenanza de Dios:

aprobasis ó el primer decreto,

decreto inmutabile.

amplificado

por ficción oratoria.

<sup>1</sup> Illud sentire nos convenit; tamdiu unumquemque a Dei patientia sustineri, quamdiu nondum suorum peccatorum terminum finemque compleverit; quo consummato, eum illico percucit, nec ullam illi veniam jam reservat. De vita Christ., c. 3.

<sup>2</sup> Num., XIV, 11.

dón, hubiesen dado por fortuna con un amigo cuerdo y animoso, que á tiempo les advirtiera y dijera á voces: «No paséis adelante; basta ya, basta ya de pecados; que, tras éste, en vano esperaréis misericordia»: ¡qué obra tan grande y qué servicio les hubiera hecho! Mas ¿quién podía averiguarlo? Incierto es y muy vario ese número fatal, ni se guarda con todos la misma ley; á unos se perdona más, á otros se perdona menos. Ved ahí por qué, si Dios nuestro Señor tenía establecido en su santísima voluntad sufrir á los israelitas hasta el décimo pecado, más riguroso fué su juicio con los moradores de Damasco y de Tiro, de Gaza y de Edom; y así, oíd la sentencia que les hizo intimar por boca de su profeta: Sobre tres maldades de Damasco y sobre cuatro, no le convertiré. Sobre tres maldades de Gaza y sobre cuatro, no le convertiré. Sobre tres maldades de Tiro y sobre cuatro, no le convertiré. Sobre tres maldades de Edom

Confirmación por el castigo de las cuatro ciudades.

(los diez pecados)

Conclusión

(el cuarto pecado)

Super tribus sceleribus Damasci, et super quatuor non convertam eum. Super tribus sceleribus Gazae, et super quatuor non convertam eum. Super tribus sceleribus Tyri, et super quatuor non convertam eum. Super tribus sceleribus Edom, et super quatuor non convertam eum<sup>1</sup>; que en buen romance fué decirles que al cuarto pecado los abandonarían su divina Majestad; y así al pie de la letra lo declaran á mi favor Teodoro, Remigio, Haimón, Dionisio, Lira y otros muchos, siguiendo en esto al intérprete máximo el glorioso San Jerónimo<sup>2</sup>.

(conversión retórica)

Aplicación por argumentación á minor.

(comunicación corrección)

Presupuesta, pues, y asentada una doctrina tan sólida y segura, venid acá y decidme, cristianos, por vida vuestra: ¿Qué sabéis vosotros si ese pecado, del cual últimamente habéis salido por la misericordia de Dios, es el postrero de los que en sus profundos y secretísimos juicios tiene resuelto perdonaros? ¿Tenéis acaso certidumbre de lo contrario? ¿Qué digo certidumbre? ¿Tenéis por ventura algun barrunto, algún indicio ligerísimo? Mas antes, pues Dios os ha sufrido, no ya diez veces como á los israelitas, no veinte, no treinta, pero quizás más de cien veces, es mucho más verosímil que seáis en adelante de los castigados, que no de

<sup>1</sup> Amos, 1, 3 et seq.—<sup>2</sup> Vid. ap. Sancium in Amos.

los sufridos ó perdonados. Y vosotros ¿aún pensáis en volver á pecar? ¡Ay miserable de mí!, creedme que tiemblan mis carnes y se estremece mi corazón á vista de vuestro riesgo. Ese pecado que maquináis ahora en vuestro pecho, ése ha de ser por ventura para quien no habrá ningun linaje de misericordia. No porque al pecador, notado bien, no porque al pecador, mientras le dura la vida y el uso del libre albedrío, no le sea posible levantarse con el arrepentimiento de cualquier pecado, por horrible que sea; que esto no puede decirse en buena teología; mas porque, llena la medida y cumplida la tasa del perdón, conviene que al primero que haga sea herido repentinamente, *illico percutiatur*; es decir, ó que muera desastrada muerte, ó que pierda el uso de la razón, ó cuando menos que sea privado de aquellos socorros y ayudas eficaces sin los cuales nadie de hecho se salva. ¿Á qué, pues, tanta irresolución?

Católicos y hermanos míos, basta ya: es menester afianzar los clavos; es menester hincar profundamente en nuestro corazón propósitos de hierro: *Clavos tuos consolida*<sup>1</sup>. ¿Acaso no nos lo advierte Dios por boca de Isaías? No, no es negocio éste para tenerlo en balanzas, ni se ha de arriesgar la eterna salvación por un deleite momentáneo del sentido, por el sabor de una venganza, por un vil interés, por una vanísima vanidad. Conviene á todo trance que os hagáis alguna fuerza; y puesto que por la divina misericordia habéis salido dichosamente del cautiverio del pecado, conviene que os determinéis de veras de no recaer por nada de este mundo, cueste lo que costare y aventúrese lo que fuere: aventúrese la hacienda, aventúrese la reputación, aventúrense los amigos, aventúrense, si fuese menester, la misma vida. Antes morir que volver á pecar; antes morir, morir mil muertes antes que pecar. *Agonizare pro anima tua*, batalla y agoniza por tu alma: oíd cómo os lo dice divinamente el Eclesiástico: Batalla y agoniza por tu alma, y pelea por la justicia hasta morir. *Agonizare pro anima tua, et usque ad mortem certa pro justitia*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Isaí., LIV, 2.—<sup>2</sup> Ecclí., IV, 33.

amplificada por afectos de dolor.

(precaución teológica)

Consecuencia final.

PERORACIÓN práctica y ferviente

por consplicación.

repetición

é incremento.

propósitos.



## VIII

Arg. 2.ª  
AMPLIFICACIÓN  
de afectos α) de  
ternura,

¡Oh qué alegría tan grande la del cielo cuando, movidos por contraste á vista de las festividades y misterios de nuestra Redención, y ya resueltos á volver al redil de aquel Señor de donde malamente andabais descarriados, salisteis con gran determinación de vuestra casa, vinisteis al templo, os acercasteis al sagrado tribunal de la penitencia, y allí, de-ribados á los pies del confesor, que hacía las veces de nuestro Señor Jesucristo, lanzasteis primero un profundo suspiro de lo íntimo del corazón, y luego, hiriéndoos los pechos y bajando los ojos con amargura entrañable, le dijisteis: «Padre, pequé. ¡Oh, cómo entonces todos los ángeles hicieron fiesta! ¡oh qué júbilo! ¡oh qué triunfos tan regocijados en toda la celestial Jerusalén! ¡Qué plácemes de todos los espíritus bienaventurados á la gloriosa Virgen María, vuestra protectora; á Jesucristo, vuestro Redentor; á Dios misericordioso, vuestro Padre! Básteos saber, que toda la compañía de los justos no causaban en el cielo tanto gozo en aquellos momentos como uno solo de vosotros. Y ahora, después de dar al cielo tan gran contentamiento, ¿ya empezáis á trazar cómo quitárselo, no de otra manera que el que hoy os regalase un gran presente, y mañana, arrepentido, os lo tornase á pedir? ¡Oh descomedimiento! ¡oh insolencia! ¿Qué es esto, dice el Sabio, sino hacerse odioso y por extremo aborrecible? *Hodie foeneratur quis, et cras expetit, odibilis est* <sup>1</sup>. Detestable es quien hoy presta y mañana lo exige y reclama. Atrévome á decir que mejor fuera, acaso, que nunca lisonjearais á los cortesanos celestiales con la esperanza de haberos ya ganado para eternos vecinos y compañeros de su gloria, si tan presto queríais volver á contristarlos y convertir sus fiestas en luto, sus cánticos en lágrimas, la honra que les hicisteis en mayor afrenta y desacato. ¡Ay de los hijos desertores!, exclamaría yo, si así fuese, indignado contra vosotros; ¡ay de los hijos deserto-

de la alegría de los ángeles, en vuestra conversión,

(exclamación éincremto)

y la tristeza de nuestra deslealtad,

(por testimonio)

licencia,

antiteis

y apóstrofe)

<sup>1</sup> Eccli., xx, 16.

res! ¿Así quebrantáis los asientos y contratos con Dios capitulados, añadiendo delitos á delitos? *Vae filii desertores, dicit Dominus, ut adderetis peccatum super peccatum* <sup>1</sup>.

Mirad, os ruego, y reflexionadlo bien; vosotros habéis ya <sup>β)</sup> de ira y vergüenza, probado dos amos ó señores: Jesucristo y el demonio. A entrambos habéis servido por tiempos, ya al uno, ya al otro; bien se puede creer, de consiguiente, que conocéis la índole y condición de cada uno. Luego, si vosotros, después de haber dejado al demonio y vuelto á Cristo, dejáis á Cristo y volvéis al demonio, ¿qué significará vuestra mudanza? ¿No significará que declaráis y sentenciáis abiertamente que la servidumbre del demonio os parece más llevadera, más dulce, más provechosa que el servicio de Cristo? En realidad de verdad, pondera aquí terriblemente Tertuliano, quien conoció á entrambos, parece que hizo comparación, y que pronuncia y estima por mejor á aquél á quien la segunda vez quiere servir: *Comparationem videtur egisse, qui utrumque cognoverit, et judicat eum meliorem, cujus se rursus esse maluerit* <sup>2</sup>. Y á un Dios tan bueno ¿haréis tan horrible afrenta? ¡Ah, no, cristianos! Por aquella sangre tan copiosa y derramada por vosotros, por aquella sangre para vosotros tan saludable y divina, os suplico que no lo hagáis. Antes morir, antes morir que cometer tal bastardía. De lo <sup>δ)</sup> de indignación y mara-villa, contrario, ¡ay de vosotros!, ¡ay de los hijos desertores! *Vae filii desertores*, tornaré á exclamar con Isaías: ¿qué alevosía es la vuestra? ¿Dejar á Dios por el demonio! ¿dejar á Cristo por Satanás! ¡Oh trueque horrendo! ¡oh execrable injusticia! ¿Qué sacáis de esa miserable servidumbre sino males por exclamación é interrogación: sobre males? ¿Qué buscáis, diré con Jeremías, por esos caminos de Egipto tras el hilo de aguas cenagosas? ¿qué á ti con las sendas de la Asiria para beber agua de su río? *Quid tibi vis in via Aegypti, ut bibas aquam turbidam? Quid tibi cum via Assyriorum, ut bibas aquam fluminis?* <sup>3</sup> Por lo tanto, manteneos firmes, clama el vaso de elección, y no volváis á envileceros sujetándoos bajamente al yugo del antiguo cautiverio: *Stete, et nolite iterum jugo servitutis con-* <sup>ε)</sup> de esfuerzo y emulación

<sup>1</sup> Is., xxx, 1.—<sup>2</sup> De poenit., l. 9, c. 2.

<sup>3</sup> Jerem., II, 18.

*tíneri* <sup>1</sup>, alentaos, esforzaos. Todo el cielo está pronto á so-  
 correr, con tanto que queráis ser fieles. No lo dudéis; con  
 su ayuda y patrocinio podréis más de lo que vosotros acer-  
 táis á imaginar. ¡Cuántos hay allí que sufrieron más recias  
 batallas y vencieron! Quién fué aserrado, quién apedreado,  
 quién quemado vivo, quién desollado; quién vivió en una  
 columna, quién dentro de una caverna; y unos atormentaron  
 sus cuerpos con ayunos casi milagrosos, otros con cilicios  
 asperísimos, otros con cadenas y planchas de hierro; otros  
 se destrozaron las carnes con todo linaje de mortificaciones,  
 hechos verdugos de sí mismos. ¡Y todo lo pudieron con el  
 favor divino! ¿Y por qué con éste no podréis vosotros tanto  
 menos como es no pecar mortalmente en adelante? Quede,  
 pues, asentado para siempre que así será, y decidle á Dios  
 con su siervo fidelísimo el santo Job: Vuestro, Señor, quiero  
 ser; vuestro soy, vuestro seré. El camino de vuestros man-  
 damientos, que con vuestra gracia he comenzado, no lo de-  
 jaré jamás: *Justificationem meam, quam coepei tenere, non de-  
 seram* <sup>2</sup>; sacadme de este mundo, si por desgracia veis que  
 algún día no he de ser vuestro.

por ejemplos con-  
 globados

y rápida distribu-  
 ción.

Conclusión

y propósitos.

Medio práctico  
 para no recaer:

## PARTE SEGUNDA

### IX

Huir todas las  
 ocasiones.

aun las más re-  
 motas.

Transición per-  
 fecta.

No me cabe la menor duda, mis amados hermanos, que  
 todos comprendís perfectamente la necesidad grande que  
 tenemos de nunca recaer. Y si los pececillos escapados del  
 anzuelo, y los ciervos desenredados de los lazos, son más  
 cautos y advertidos para no dejarse prender en adelante,  
 ¿por qué no haremos lo mismo nosotros, tanto más inteli-  
 gentes y previsores? Resta, pues, sólo que alguien nos in-  
 dique una práctica y ejercicio fácil para cumplir esos pro-  
 pósitos. Mas no os embaracéis. El bienaventurado San Cri-  
 sóstomo nos lo muestra; y á mi ver no puede darse medio

<sup>1</sup> Gal., v, 1. — <sup>2</sup> Job., xxvii, 6.

más acertado ni traza más poderosa: ésta es, huir lejos y  
 atajar las ocasiones de pecar. No solamente las próximas y  
 graves, notadlo bien, porque ya sobre este punto, si mal  
 no recuerdo, llevamos dicha una oración entera, pero aun  
 de las más ligeras y remotas, de las más pequeñas y men-  
 nudas, de aquellas que de lejos podrían inducirnos á peca-  
 do: por manera que, si estáis malamente acostumbrados á  
 vivir deshonestos, os abstengáis aun de ciertas libertades  
 no del todo lascivas; si estáis habituados á pláticas licen-  
 ciosas, os abstengáis aun de burlas y donaires no del todo  
 provocativos; si fuisteis comedores y destemplados, os abs-  
 tengáis aun de regalos y golosinas no del todo vedadas; y  
 así, discurrid por otros vicios en que soláis recaer. Oid  
 ahora las palabras del mismo Santo: Gran motivo de segu-  
 ridad en adelante, dice, será no sólo huir del pecado, pero  
 de todo aquello que, al parecer indiferente, nos lleva como  
 embaucados al pecado. ¿Quieres ser casto? Huye aun de la  
 vista desmandada. ¿Quieres huir de las palabras torpes?  
 Huye aun de la risa desenvuelta. ¿Quieres apartarte de la  
 embriaguez? Huye de las mesas regaladas y de los manja-  
 res exquisitos y quita de raíz el uso del vino <sup>1</sup>.

Exposición de  
 esta doctrina

por distribucón.

y subjeción ora-  
 toria.

confirmada por el  
 Crisóstomo.

### X

REPUTACIÓN  
 Fuera dematado  
 rigor éste.

Pero oigo que me decís que á los amigos que de veras  
 estimamos, sólo hay que pedir cosas hacederas; mientras, si  
 yo exijo de vosotros tales privaciones, ¿qué hago, en reali-  
 dad de verdad, sino condenaros á una vida no sólo fastidiosa,  
 pero incomfortable? Que harto fuera precaveros de culpas  
 manifiestas; por lo demás, querer yo que os abstengáis  
 de placeres inocentes, de pasatiempos no vedados, no tor-

Resp. 1.<sup>a</sup> Ne-  
 gando,

<sup>1</sup> Hoc maxime securitatis erit occasio, non tantum peccata fugere, ve-  
 rum etiam quae videntur indifferentia quidem esse seu media, ad peccata  
 vero nos supplantant. Vis pacificus esse? Vita etiam petulantem adspicere.  
 Vis a verbis turpibus abesse? Fuge etiam risum solum. Vis ab ebrietate  
 separari? Fuge delicias, et lautas mensas, et vinum radicibus extirpa.  
 Hom. 16 ad pop.

por comparación de lo que pudiera exigir.

por los pecados pasado.

Confirmación por ejemplo de David.

1.ª parte. El sacrificio del agua.

por hipotiposis.

2.ª parte. El recuerdo de su culpa.

3.ª parte. Aplicación al auditorio.

Respuesta 2.ª Porque no basta al penitente lo que al inocente ó al perfecto.

pes, sino indiferentes, os parece demasiado rigor... ¿Demasiado rigor? ¡Ay de mí, ¿qué estoy oyendo? Callad, hermanos míos, que bien se ve por vuestras palabras que no entendéis á cuánto os obliga la deuda contraída con Dios y vuestro estado de penitentes. Y ¿qué diríais si os hubiera exigido, como tantos hacen, ayunos rigurosísimos, sangrientas disciplinas, ásperos cilicios, absoluto silencio, largas y continuas vigiliass? ¿Diríaisme que era demasiado? Pues ¿qué rigor ó demasia hay en pedirnos solamente que os privéis de algunas golosinas y gustillos no vedados, ya que tantas veces alargasteis la rienda de vuestro apetito á deleites prohibidos, por ventura sucios, por no añadir escandalosos?

No así cierto pensaba el rey David cuando, abrasado un día de ardiente sed, deseó el agua fresquísimas de la cisterna de Belén. ¡Oh con cuánto gusto y deleite la miró, cuando se la presentaron! ¡cómo la tomó y acercó á sus labios con ansia de probarla! Mas luego de repente se paró, y mudó de resolución, y no quiso gustar una sola gota, antes la vertió en el suelo, sacrificándola al Señor: *Noluit bibere, sed libavit eam Domino*<sup>1</sup>. ¿Y de dónde esta mudanza? ¿Sabéis de dónde? Contesta el Pontífice San Gregorio. Viniéronle en aquel punto al pensamiento los pasados deleites y el adulterio con Betsabé, y, horrorizado de sí mismo, tuvo por enorme desvergüenza y sinrazón tomar placeres lícitos quien se había derramado en los ilícitos. *Et quia se illicita perpétrasse memineral, contra semetipsum jam rigidus, voluit etiam a licitis abstinere*<sup>2</sup>. ¿Parécenos, pues, gran sacrificio que, acordándoos de los gustos que os tomasteis contra la voluntad y honra del Señor, os privéis ahora por amor de él de algunos gustos ó entretenimientos, lícitos en verdad, pero no por esto libres de peligros, como sería de asistir á un banquete, á un baile, á una comedia, de la lectura de un libro ocasionado, de una chanza liviana ú ociosa? ¡Ah, no, hermanos míos muy amados! No hay que imaginar que basta el mismo fervor á un pecador arrepentido, que antes del pecado. Y así, en figura de esto, vemos en

<sup>1</sup> 2 Reg. xxiii, 16.—<sup>2</sup> Hom. 34 in Evang.

las divinas Escrituras que los israelitas, vueltos á Jerusalén después de su triste y llorosa cautividad, fueron mucho más puntuales en las cosas del culto divino, como anota el Venerable Beda; y los Macabeos, vueltos al fuego del combate tras vergonzosa huida, pelearon con mayor denuedo y menosprecio de la vida, como pondera Bachiario, y á este tenor pudiera traer innumerables ejemplos si el tiempo lo consintiera. No me digáis por tanto que os pido demasiado con rogaros que os apartéis de esas cosillas y parajes, aunque remotamente ocasionados, porque os es más indispensable al presente esta cautela y cuidado de la perfección.

por inducción bíblica.

Conclusión.

Respuesta 3.ª Porque es más fácil cerrar la entrada

## XI

Mas, fuera de esto, mirad otra respuesta que de seguro os sorprenderá. Quiero que atajéis esas ocasiones más remotas y ligeras, no empero para vuestra mayor mortificación, no, hermanos míos, no, mas antes para vuestra mayor comodidad y regalo; comoquiera que es más difícil conceder poco y negarle mucho á una pasión mal enfreñada, que no llanamente negárselo todo. San Juan Crisóstomo mueve una cuestión, que á muchos de vosotros, de vista harto curiosa y derramada, por ventura no desagrada. Pregunta el Santo: ¿por qué nuestro adorable Redentor, cuando confirmaba los mandamientos de la vieja Ley con los preceptos de la nueva, condenó con tan severos términos una mirada deshonestas? ¿No bastara condenar los adulterios, los estupros, todo linaje de fornicación? ¿Por qué mostrarse tan cuidadoso hasta de una simple mirada, que de suyo no redundas en daño de nuestro prójimo? Da el Santo una respuesta divina, digna al fin de su levantado ingenio; y dice que Jesucristo hizolo así para facilitarnos el camino de la virtud. Porque fingid por un momento que sea lícita la mirada desenvuelta, como decíamos ahora. ¿Cuánto más costará, tras aquella mirada, no retener en la fantasía la imagen peligrosa, no aficionarse vanamente, no sentir encendimientos apasionados, no ceder á los asaltos importunos que la concupiscencia re-

que resistir al enemigo dentro.

Transición benevolas.

Pruébase por

inducción de la Ley nueva.

un mirar ó no mirar

por sustentación y clima.

belde moverá sin duda, para que pasemos á las fornicaciones, á los estupros, á los adulterios, que no abstenerse de todo del primer derramamiento de la vista? El no mirar, fácilmente se logra, y cualquiera lo puede hacer con sólo un volver la cabeza, un bajar los ojos, un ligero distraerse á cualquier cosa; mas no así el resistir y contrastar aquellos acometimientos que después de haber mirado sobrevienen. Esto exige un esfuerzo sobrehumano, una virtud muy robusta, cual ni los mismos santos pueden prometérsela; y por esta razón, bien concluye San Crisóstomo, que justamente condenó el Salvador hasta las vistas deshonestas, para librarnos de mayor trabajo: *Propterea et Christus cum supplicio multavit, qui mulierem impudico aspectu fuerit contutus, ut a majore labore nos liberaret*<sup>1</sup>, siendo cosa manifiesta que es menos dificultoso no dejar que prendá el fuego en los rastros, que no apagarlo cuando ya prendió, cuando ya sube la llama, cuando ya se propaga impetuosamente por los campos como un incendio devorador. Volvamos, pues, á nuestro intento: si queréis con facilidad refrenar vuestros sentidos de aquellas demasías á que os han arrastrado otras veces vuestras pasiones, ¿cuál es el medio más sencillo y eficaz? No comenzar á condescender con ellas ni aun en cosas menudas, entendedlo bien, ni aun en cosas menudas; porque si las contentáis en lo poco, creedme, hermanos míos, os veréis forzados á satisfacerlas en lo mucho.

## XII

Y ¿á qué extrañarse y lamentarse tanto algunos de vosotros de la suma dificultad que experimentáis en no recaer después de levantados? Yo no me maravillo, antes maravilla fuera lo contrario: Si tenéis en casa los incendios de toda liviandad; si adondequiera que volváis los ojos no encuentran sino pinturas nada castas, vergonzosos trofeos del espíritu de lujuria; si á vuestros sentidos jamás negáis ningún deleite, mas antes para dormir ó descansar queréis

<sup>1</sup> Hom. 12 in Epist. ad Rom.

las plumas más blandas, para comer los manjares más exquisitos, para beber los vinos más generosos; si andáis sumidos en el lujo, que no parecéis hombres en el afán de ataviaros; si conversáis de continuo con personas tan poco recatadas, que no tienen ni vergüenza en la frente ni peso en el corazón; si no abris la boca sino para soltar la lengua en pláticas, ó licenciosas por los cuentos que traéis, ó descaradas por los dichos y refranes con que las sazónáis, ó maliciosas por las codicias malas que suben como vaho inmundo del cenagal de vuestro pecho; si todos vuestros pensamientos, palabras y obras; si todo lo de dentro, si todo lo de fuera son espuelas y aguijones que os incitan á pecar, ¿cómo queréis luego resistir sin probar horribles repugnancias y agonías de muerte?

Y lo que dije, por ejemplo, del vicio sensual, haced cuenta que sucede en su manera respecto de los demás, á que os inclina vuestra mal acostumbrada naturaleza. ¿Bres acaso vengativo? Imponte la severa ley de ahogar en tu pecho los primeros movimientos de ira. Disimular á los principios la palabrilla picante y mortificativa, seráte molesto, no lo dudo, pero al fin es lance tolerable; mas si por razón de ella se arma una quimera, ¡cuán dificultosa de atajar! Si te arrastra la ficción del juego y en él fácilmente te desmandas, resuélvete á no acercarte allí, mas que te provoquen tus amigos. Rechazar la invitación del mal compañero, puede que te cueste alguna violencia, mas al fin es cosa llevadera; pero, enfrascado en el juego y caído en el lazo, ¡cuán penoso te será desenredarte! La naturaleza dió alas á las avecillas, es mucha verdad, católicos; mas ¿para qué fin? ¿para que se desembaracen de la liga ó de los lazos, después de enlazadas ó prendidas? No, mas antes para que huyan de ellos. Desviarse de allí, nada les cuesta; mas, para desasirse ó desemmarañarse, ¡qué esfuerzo han menester! ¡qué violentas sacudidas! ¡qué desesperados movimientos! y gracias si con esto se desprenden. Así puntualmente pasa con nosotros, si creemos al Crisóstomo. Las buenas máximas, los dictámenes rectos, los firmes propósitos de nuestra determinada voluntad, alas son para huir de los lazos que Satanás tiene armados por la redondez del mundo, no

para meternos voluntariamente en ellos. Si nos metemos, recia cosa será dar tan valiente sacudida que logremos des-  
 embarazarnos y escapar libres. *Sed quantumcumque resili-*  
*rimus, capti sumus* <sup>1</sup>. Adelante, pues, hermanos míos. Este  
 sea el medio práctico para no recaer, medio verdaderamen-  
 te divino, que atajemos las ocasiones más ligeras de pecar;  
 que huyamos de los lazos, sean grandes, sean pequeños;  
 que sólo quien los huye está seguro. *Qui i cavet laqueos, secu-*  
*rus erit* <sup>2</sup>. Y en cumpliendo de nuestra parte lo que nos to-  
 ca, confiemos en Dios nuestro Señor. Porque, dado caso  
 que la perseverancia final sea dádiva del todo graciosa y en-  
 teramente gratuita, no dejará de otorgárnosla misericordio-  
 samente un Dios tan bueno, y de llevarnos también á nos-  
 otros al último y felicísimo fin de su eterna bienaventu-  
 ranza.

Conclusión

de aliento

y confianza.

<sup>1</sup> Hom. 15 ad pop.—<sup>2</sup> Prov., XI, 15.



## OBSERVACIONES CRÍTICAS

## ACERCA DEL DISCURSO TREINTA Y SIETE

Este discurso puede compararse á una pirámide, cuya base es el exordio; va subiendo la eficacia persuasiva por toda la confirmación, llega al vértice en el párrafo octavo, y torna á descender rápidamente hasta la conclusión, donde se renuevan y afianzan los sentimientos del exordio. Coloquémonos en el vértice, para desde allí contemplar mejor cuanto hay de artificio á una y otra parte.

**Vértice** ó meta del discurso. Llegado á él al terminar el argumento séptimo, ¡cómo respira el orador y exclama triunfante en nombre de sus oyentes: «Vuestro, Señor, quiero ser; vuestro soy, vuestro seré. El camino de vuestros mandamientos, que con vuestra gracia he comenzado, no lo dejaré jamás...; sacadme de este mundo, si por desgracia veis que algún día no he de ser vuestro.» (§ VIII.) Por donde se ve que el **fin** ó blanco del orador es persuadir á su auditorio que persevere firme en el camino comenzado; el **estado** es conjetural, la **cuestión** finita ó hipotética, aunque hace largas excursiones á la tesis; el **género** deliberativo y disuasorio, porque desea convencerles que no recaigan en pecado. Para ganar esta irrevocable determinación, ¡qué esfuerzos no hace el orador! Es lo más digno de estudiarse en SÉNTRI. Comienza por los afectos de entrañable

**Dolor y compasión.** «Y vosotros, ¿aún pensáis en volver á pecar? ¡Ay miserable de mí! Creedme que tiemblan mis carnes y se estremece mi corazón á vista de vuestro riesgo. Ese pecado que maquináis ahora en vuestro pecho, ése ha de ser...» (§ VII.) Después de enternecidos y atemorizados con la vista del peligro, saca los

**Propósitos** prácticos, que es un empujar á los oyentes, ó tomarles de la mano para que suban, mal que les pese, á la cima de la persuasión. «¿A qué, pues, tanta irresolución?, exclama. Católicos y hermanos míos, basta ya; es menester afianzar los clavos; es menester hincar profundamente

en nuestro corazón propósitos de hierro... Conviene á todo trance que os hagáis alguna fuerza...: aventúrese la hacienda..., la reputación..., los amigos..., la misma vida...; morir mil muertes antes que pecar...» Pasa á los afectos de

**Alegría** por su conversión. «¡Oh qué alegría tan grande de del cielo, cuando... á los pies del confesor... dijisteis: Padre, pequé! ¡Oh cómo, entonces, todos los ángeles hicieron fiesta! ¡Oh qué júbilo! ¡oh qué triunfo!... Básteos saber que toda la compañía de los justos no causaban tanto gozo en aquellos momentos como uno solo de vosotros.» (§ VIII.) Siguen los de

**Pesar y tristeza** por su deslealtad presente. «¿Y ahora, después de dar al cielo tan gran contentamiento, ya empezáis á trazar cómo quitárselo? ¡Oh descomedimiento! ¡oh insolencia!... convertir su fiesta en luto, sus cánticos en lágrimas.» De

**Justo enojo.** «¡Ay de los hijos desertores!, exclamaría yo...; ¡ay de los hijos desertores! ¡Así quebrantáis los asientos y contratos con Dios capitulados, añadiendo delitos á delitos!» Este afecto de ira es transición á otro más eficaz y vehemente, el de

**Vergüenza.** «Mirad, os ruego, y reflexionadlo bien: vosotros habéis probado ya dos amos ó señores, Jesucristo y el demonio... si después de haber dejado al demonio y vuelto á Cristo, dejáis á Cristo y os volvéis al demonio... ¿No significará... que la servidumbre del demonio os parece más llevadera, más dulce... que el servicio de Cristo?» ¡Con qué naturalidad pasa de aquí á los de

**Súplica** ternísima! «¿Y á un Dios tan bueno haréis tan terrible afrenta? ¡Ah! no, cristianos; por aquella sangre tan copiosamente derramada por vosotros, os suplico que no lo hagáis. Antes morir, antes morir que cometer tal bastardía.» Torna con mayor ímpetu al afecto de

**Indignación y maravilla.** De lo contrario, ¡ay de vosotros! ¡ay de los hijos desertores!... ¡Qué alevosía es la vuestra! ¡Dejar á Dios por el demonio! ¡dejar á Cristo por Satanás! ¡Oh trueque horrible!, ¡oh execrable injusticia! ¿Qué sacáis de esta miserable servidumbre?... ¿Qué buscas, diré con Jeremías, por esos caminos de Egipto?...» Y llega por fin á la deseada meta con los afectos, primero de

**Exhortación.** «Alentaos, esforzaos; todo el cielo está pronto á socorrosos, con tanto que queráis ser fieles. No lo dudéis, con su ayuda y patrocinio podréis más de lo que vosotros acertáis á imaginar.» Luego de

**Emulación.** «¡Cuántos hay allí que sufrieron más recias batallas que vosotros, y vencieron! Quién fué aserrado, quién apedreado, quién quemado vivo, quién desollado... unos

atormentaron sus cuerpos con ayunos... otros con cilicios... ¡Y todo lo pudieron con el favor divino!» Y, últimamente, de

**Determinación** invariable. «Quede, pues, asentado para siempre que así será... donde descansa el orador, como en la cumbre más elevada y término de su viaje. ¡Cuánto movimiento y elocuencia! Pero veamos cómo ha preparado este triunfo y moción extraordinaria, que es contemplar desde la cima las sendas escabrosas por donde ha subido á sus oyentes.

**Ascenso** continuo desde el comienzo del exordio, que está sacado, no tanto *ex visceribus causae*, según dicen los retóricos, como *ex visceribus charitatis*, de las entrañas de la más ardiente caridad. ¿No respiran caridad aquellas frases sentenciosas: «Donde hay amor, hay temor? ¿No es así verdad, amados hermanos míos? El que de veras ama, teme tanto, que teme en demasía y recela de cualquier peligro... y palpita y se sobresalta... Temo que no vengáis, acaso muy en breve, á dejar las prácticas y tenor de vida que tan esforzadamente habéis emprendido... Y aquellas otras: «¿Quién me asegura que... antes de pasado mañana... ya alguno de vosotros no comenzará también á titubear?... ¿Quién me dice que no pensará en tornar á sus antiguos siniestros... á quebrantar, en fin, la fe jurada á Jesucristo?... ¿Quién me promete que no volverá?... Con estas cláusulas, no dichas por ceremonia, sino de todo corazón, atrae y gana para sí á sus oyentes, que es el blanco de estas introducciones. Así cumple lo que dice Marco Tulio: *Principia verecunda, non elatis intensa verbis, sed acuta sententis, vel ad offensionem adversarii, vel ad commendationem sui*.<sup>1</sup>

Ya ganado el auditorio, emprende con ellos la subida, y en pocas jornadas los levanta á la más profunda convicción.

**Jornada primera.** *Ab adjunctis temporis.* Ellos dicen: ¡Y por tantos años he de resistir y hacerme violencia! La respuesta no es dificultosa de dar, pero sí de exponer elocuentemente de manera que el auditorio se rinda. Estúdiense los pasos por donde llega SÉNBERI á aquellos afectos de **temor**, término de la primera jornada: «¿Qué sería, pues, de vosotros si... os acarrearéis con vuestra impaciencia ese ay y funesta maldición? ¡Oh qué sollozos! ¡oh qué bramidos de dolor se os arrancarían del pecho por toda la eternidad!...» (§ II.)

**Jornada segunda.** *A facili.* El término de ella se declara en aquella exclamación de San Agustín: «Oh, cuán

<sup>1</sup> Orat., cap. XXXVI.

suave se me hizo al momento carecer de todas las dulzuras y entretenimientos del mundo!... ¡Oh qué alegría! ¡oh qué paz! ¡oh qué gozo tan entrañable!» ¿Y cómo llega á un afecto tan delicado? Por una gradación casi imperceptible, ponderando la suma eficacia de la gracia, para lo cual le sirve á maravilla el ejemplo de Sansón. Y antes de pasar adelante los confirma en el argumento anterior y torna á remachar el clavo: «Demos que os cuesta gran trabajo y violencia no recaer en los vicios á que os lleva la costumbre, mas no debéis desmayar, porque, ya muráis presto, ya viváis algunos años, la jornada es breve, y pronto tendrá fin vuestra fatiga». (§ III.)

**Jornada tercera.** *A difficili.* Si recaéis, os será más difícil tornar á levantaros, porque el demonio, escarmentado una vez, os tendrá más sujetos. ¡Con qué artificio calla al principio la razón, para desenvolverla después del ejemplo del cautivo! Pues este mismo ejemplo ¡cuán creíble es, y con qué sencillez y naturalidad está contado! Son las propiedades que exige Cicerón á las narraciones oratorias: *Narrationes credibiles, nec historico, sed prope quotidiano sermone explicatae dilucide* <sup>1</sup>. (§ V.)

**Jornada cuarta.** *A difficili* por parte de Dios, quien nos ayudará con tan copiosas gracias. El **argumento** lo saca de la nueva ingratitud y deslealtad del que recae, y el **afecto** que intenta mover es la **vergüenza** por medio de ejemplos **a contrario** y una **amplificación** sucinta, pero enérgica. Obsérvese cómo va apretando á su auditorio, cómo facilita el perseverar, y cuán dificultoso hace el levantarse después de recaer. Así accade que el orador; lo mismo que el poeta,

*Semper ad eventum festinat* <sup>2</sup>;

y como el argumento da poco de suyo, luego lo deja y pasa á otro:

*et quae  
Desperat tractata nitescere posse, relinquit* <sup>3</sup>. (§ VI.)

**Jornada quinta.** *Ab impossibili.* Va aumentando la dificultad de salvarse después, hasta hacerlo imposible en ciertos casos. Es el reventón más fatigoso de este camino, y tiene por objeto preparar los afectos de **temor**. Dios, dice, tiene preñado el número de veces ó de pecados que os ha de perdonar. Es así que los ya perdonados hasta hoy llenan por ventura ese número terrible. Luego no volváis á

<sup>1</sup> Orat., xxxvii.—<sup>2</sup> Hor. Ad Pis., v, 148.

<sup>3</sup> Ibid., v, 150.

pecar, porque, si no, os condenaréis. De este modo guarda SÉNERI el consejo de Cicerón respecto del disponer los argumentos: *De firmissimis alia prima ponet, alia postrema, inculcabitque leviora* <sup>1</sup>. (§ VII.)

Con esto han subido los oyentes á la más alta cumbre de la **convicción** oratoria; ya los entendimientos están rendidos, pero no las voluntades. Para doblegarlas perfectamente, y conseguir el triunfo de la **persuasión**, se vale en la postrera jornada, que es á la vez meta y término del camino, de la **amplificación** de afectos que hemos declarado en la primera parte de este estudio. Pasemos á la tercera.

**Descenso** oratorio á la práctica. Sin él quedaría el auditorio muy sabroso, pero poco aprovechado. «Es cosa fácil, dice un notable escritor <sup>2</sup>, dar á entender á los fieles lo que enseña el Evangelio es cierto y bueno (créenlo todos y se ajusta á nuestro entendimiento); mas, hacer que lo que tienen por honesto y cierto lo ejecuten, es muy dificultoso. Mostrar la fealdad de los vicios, se hace con pocas razones; mas que tuerzan de un camino muy cursado y se eche por otro diferente y muy contrario, ha de costar muchas: lo primero es de todos, lo segundo de raros ó ninguno. Y si esto no se consigue, ¿qué se ha hecho?» ¿Qué dijera el buen licenciado Muñoz, á vivir en nuestros días, él que apenas hallaba en su tiempo quien cumpliese con el fin de la elocuencia? Cúmplelo SÉNERI por medio de dos artificios que aprendió en la lectura del Crisóstomo.

Es el primero la **moción de los afectos**, de que hemos hablado, deteniéndose en ella hasta ablandar los corazones, y esto consigue discurriendo con gran peso de razones, autoridades de Escritura y Santos; acumulando sentencias, valiéndose de argumentos, ruegos, amenazas, ejemplos; instando, porfiando, dando voces, tal vez gimiendo y derramando lágrimas.

«Una reprensión, apenas tocada cuando dejada, y tan presto olvidada del que la oye, ¿qué efecto puede tener? No basta para que la tierra fructifique un pequeño rocío de agua, que no hace más que matar el polvo y mojarla por defuera, sino es menester tanta agua que cale hasta lo íntimo de la tierra y la deje toda empapada en ella» <sup>3</sup>.

El segundo artificio consiste en suministrar **medios prácticos** y fáciles para el cumplimiento de los buenos propósitos que se hubieren concebido. Esto es descender al te-

<sup>1</sup> Orat., xv.

<sup>2</sup> Vida del V. M. Fr. Luis de Granada, por el Licenciado Luis Muñoz, lib. 1, c. 16.

<sup>3</sup> Autor cit., *ibid.*

rreno de la realidad, esto es llevar á perfecta sazón el fruto de la elocuencia. El medio que da aquí para alcanzar la perseverancia final es que huyan de las ocasiones de pecar, no sólo de las próximas y graves, mas aun de las remotas y ligeras. Tiene su exordio, su confirmación y su peroración. ¡Qué bien se distinguen en la confirmación las tres partes que requiere el orador poeta, Arias Montano.

*Tres igitur sunt hae, quas confirmatio partes  
Versat agens; est una fides, est altera pondus,  
Est firmamentum, quod semper percussit hostem*<sup>1</sup>.

**Fides;** declara en qué consiste este huir de las ocasiones remotas, ya por medio de una **distribución**, ya por la autoridad de San Juan Crisóstomo. (§ XI.)

**Pondus;** pondera y encarece la necesidad de este medio: a) por razón de los pecados; b) porque no basta al penitente lo que al varón ya perfecto (§ X); c), porque es más fácil de resistir al enemigo que no éntre, que echarlo de casa. (§ XI.)

**Firmamentum;** en que se revuelve contra los oyentes que, no sólo no huyen de las ocasiones remotas, sino que viven entre mil peligros y ocasiones próximas. (§ XII.) Siempre que se pueda, hemos de valerlos de esta arma poderosísima,

*Quae nostrum non fulcit opus, sed concussit hostes  
Crebro collidens fundamenta impete, necnon  
Ictibus assiduís, inimicaque tela retundit*<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Rhet. lib. II. —<sup>2</sup> Ibid.



## DISCURSO TREINTA Y OCHO

### CONSOLACIONES DIVINAS

Pax vobis: ego sum, nolite timere.  
Pax sea con vosotros; yo soy, no queráis  
temer.

LUC., XXIV, 36.

### EXORDIO

*Por insinuación  
oratoria.*

**N**ADIE más fácil de engañarse que quien se gobierna en sus juicios por solas apariencias. Levanta los ojos al cielo en una noche serena aquel simple pastorcillo que nunca midió por instrumentos astronómicos ni la grandeza, ni la distancia, ni el concertado movimiento de las estrellas; y, cotejándolas con la luna, las desprecia á todas con desdén, como lumbreras menores que acompañan y hacen la corte á la mayor. Y, ello no obstante, es falsedad, porque no hay estrella en el firmamento, por pequeña que sea, que no aventaje incomparablemente la magnitud de la luna. Y si dijerais al rústico pastor que aquellas lumbrécillas tan menudas son tanto mayores que la redondez de la tierra, que podrían contenerla, unas centenares de veces, y otras millares de millares, ¿con qué dificultad lo creería? Imaginará además, y tendrá por cierto, que las que se mueven con movimiento velocísimo están fijas, y las que giran á distancias inmensurables voltean muy cerca de su ejido. Y á esta traza y compás, regulándose por las apariencias exteriores, tendrá por dibujado el cielo con los colores hermosísimos del arco-iris, y por verdaderamente pintado de azul el aire limpidísimo en los días más serenos, y en los del abrasado estío creerá que se abrasan las nubes

Proposición remota;

que es peligroso juzgar por los sentidos.

Declárase a) por inducción natural

del cielo y de la tierra.

hipótesis

antitesis

y dialogismo tácito.